

Primera intervención de don Darío Villanueva.

**I.**

1.....

Son las doce de la noche. La luna navega por  
cielos de claras  
estrellas, por cielos azules, por cielos  
nebulosos. Desde  
los bosques montañosos de la región alsaciana,  
hasta la costa  
brava del mar norteño, se acechan dos  
ejércitos agazapados  
en los fosos de su atrincheramiento, donde  
hiede a muerto  
como en la jaula de las hienas.

El francés, hijo de la loba latina, y el bárbaro  
germano, espurio de toda tradición, están otra  
vez en guerra.

Doscientas leguas alcanza la línea de sus  
defensas.

Son cientos de miles, y solamente los ojos de  
las estrellas pueden verlos combatir al mismo  
tiempo en los dos campos de esta línea tan  
larga, a toda hora llena del relampagueo de la

pólvora y con el trueno del cañón rodante por su cielo.

2.-----

Del fondo de las trincheras surgen cohetes de luces rojas, verdes y blancas, que se abren en los aires de la noche oscura, esclareciendo brevemente aquel vasto campo de batallas.

Las trincheras son zanjas barroas y angostas, amarillentas aguas de lluvias y avenidas las encharcan. Se resbala al andar. Los ratones corren vivaces por los taludes, las ratas aguaneras por el fondo cenagoso, y ráfagas de viento traenfrías pestilencias de carroña.

En el talud de las trincheras los zapadores han cavado hondos abrigos donde se guarecen escuadras de soldados, y en los lugares más propicios para las escuchas y centinelas, silos con miraderos disimulados entre pedruscos y ramajes. Desde estas atalayas se hace la descubierta de las líneas enemigas, y los artilleros, comunicándose por sus teléfonos, regulan el tiro de los cañones.

Ante los dos fosos enemigos se tienden campos de espinosas alambradas, y hay esguevas donde los muertos de las últimas jornadas se pudren sobre los huesos ya mondos de aquellos que cayeron en los primeros días de la invasión.

### 3.-----

En las sombras de la noche, largos convoyes que llevan municiones al frente de batalla, ruedan por los caminos.

Filas y filas de carros esperan inmóviles la orden de ruta, con los soldados de la escolta descansando al borde del camino y fumando una pipa de tabaco belga.

Se oye el cañón, cuándo lento, cuándo en vivo fuego de ráfagas.

Llega un ciclista sonando el timbre tercamente: Trae la orden de ruta que el sargento deletrea a la luz de una linterna, y el convoy se pone en marcha.

Todos los caminos de la retaguardia sienten el peso de los carros de municiones.... Ruedan con los faroles apagados... son tantos que no se pueden contar.... ladran los perros y alborean los gallos...

4.-----

Y la luna navega por cielos de claras estrellas, por cielos azules, por cielos de borrasca.

Tiembla la luz de los reflectores, y en la tiniebla del cielo bordonean los aviones que llevan su carga de explosivos para destruir, para incendiar, para matar ...

Ocupan la carlinga alegres oficiales, locos del vértigo del aire, como los héroes de la tragedia antigua del vértigo erótico.

Vestidos de pieles, con grandes gafas redondas, y redondos cascos de cuero, tienen una forma embrionaria y una evocación oscura de monstruos científicos.

Vuelan contra el viento y a favor del viento, les dicen su camino las estrellas.

Unos van perdidos atravesando cóncavos  
nublados, otros planean sobre el humo y las  
llamas de los incendios, otros van en la luz de  
la luna, tendidos en escuadrilla.

Aquel que zozobra entre ráfagas de agua y  
viento del mar, es de un aeródromo inglés en  
la Picardía. Y estos que retoman y aterrizan en  
silencio, son franceses: partieron en el  
anocheado, eran siete y no son más que cinco.  
Tras ellos queda ardiendo un tren de soldados  
alemanes.

5.-----

Sobre el sudario de la nieve, los cohetes abren  
sus rosas de colores.

Las trincheras tienen una cresta blanca, y,  
soterrados en ellas, vestidos de pieles como  
pastores, los centinelas acechan el campo  
enemigo.

El sargento de un retén, en lo alto de la montaña, destaca dos centinelas de pérdida. Salen cautelosos, arrastrándose sobre la nieve, se sumen en la noche.

La trinchera alemana, toda bardelada y defendida por espínosa red de alambre, está al otro lado de un calvero, no más lejos de cien pasos.

Las grandes balas cruzan silbando, y, de tiempo en tiempo, un abeto viene a tierra con sordo rumor de marejada.

Los soldados corren en pequeños grupos, la cabeza vuelta, los hombros levantados. Cruje otro tronco. La metralla está segando el bosque.

Los dos centinelas de pérdida se arrastran cautelosos. Con las carnes estremecidas, pisan sobre un montón de cadáveres medio enterrados en la nieve: Pasan sobre los muertos llevándose su olor.

Ya tocan las alambradas, y en aquel momento una violenta sacudida los echa por los aires con las ropas encendidas: El repuesto de

cartuchos que llevan en las cananas estalla como una cohetada: Caen ardiendo, simulan dos peles: De los cascos sale una llama azul.

En el Observatorio de Langenfeldkopf, un teniente murmura hablando con su compañero: -Los boches han reforzado sus defensas con un cable eléctrico, imitando lo que hicimos nosotros en la Indochina.

6.-----

Los alemanes, aprovechando la oscuridad de la noche, salen de sus trincheras y llegan a las defensas avanzadas de los franceses. De pronto el ladrido de un perro da el alerta, y la luz de un reflector los descubre arrastrándose sobre la nieve.

Los franceses abren el fuego. Los alemanes, con impulso unánime, se incorporan y corren hacia las líneas enemigas arrojando granadas de mano.

El teniente de la segunda compañía, metido en la garita del teléfono, escribe un parte. Se oyen los gritos de los alemanes al penetrar en la trinchera. El teniente dobla el papel y lo sujeta bajo el collar de un perro que espera moviendo la cola.

Parte el can como una centella. Corre al flanco de un foso, aparece y desaparece: Salva de un salto el ramaje de los abetos caídos sobre el camino: Corre con el ijar sobre la tierra: Bajo la luz de los reflectores se agacha igual que hacen los soldados.

Rastrea, desciende por el talud, se mete por el fondo y, moviendo la cola, entra en una casamata. Dos oficiales escriben a la luz puntiaguda de un quinqué, y el can, haciendo corcovos, se coloca entre ellos, de manos sobre la mesa. El Teniente Rousell saca el parte que lleva sujeto en el collar.

Comienza a leerlo, y el otro oficial lo va silabeando delante del teléfono:



-Comandancia de brigada.-Transmito parte del Teniente Breal.-2ª Compañía de Cazadores Alpinos.-Fuerzas alemanas, con un golpe de mano, han conseguido penetrar en nuestras defensas. Me sostengo con los hombres que me quedan, pero necesito ser auxiliado urgentemente. Tengo el mando por desaparición del Capitán Douchesne.-  
TENIENTE BREAL.

7.-----

Los ecos de la guerra se enlazan. Al estampido de las bombas surgen las llamas de los incendios.

Resplandecen todas las noches las hogueras de Metzeral. En los pórticos de las iglesias, bajo las rotas arcadas, se guarecen mujeres y niños. Las vacas de un establo andan perdidas sonando las esquilas. En las calles abandonadas, se amontonan huchas, camas y ropas. Un matrimonio con dos niños mira arder su casa acurrucado al abrigo de otras casas en ruinas.

El hombre tiene en brazos al más pequeño, y la mujer llora con los dedos enredados en la mata despeinada. El infante se queja con un balido, y el padre le contempla sin hablar, llenos de tristeza los ojos.

A su lado, con la cabeza sobre un cesto boca abajo, duerme una niña: El padre la ha cubierto con su chaquetón, y asómanle los pies calzados con zuecos y medias azules.

La madre se levanta con un repente, y descubre el rostro pálido del pequeño:  
-¡Se muere! ¡Se muere! ¿No ves que se muere?

El hombre calla, y la mujer mira al marido:  
-No puede ser que le tengas constantemente ...  
¡Dámele!

El hombre mueve la cabeza. Entonces la mujer llora:

-¡Qué horror de guerra!

La madre arrebató al niño de los brazos del padre: El niño tuerce los ojos, tiene una sacudida, y de la nariz afilada le afluye un hilo escaso de sangre negra.

- ¡Se lo llevó Dios! ¡Se lo llevó Dios! ¡Se lo llevó Dios!

Con dos dedos oprime los párpados rígidos de su niño muerto.

Los cazadores alpinos desfilan hacia las trincheras, pasan sin verlos, encorvados bajo la borrasca de nieve.

8.-----

Los soldados, tendidos en ala, corren con la cabeza baja; resbalan, caen, chapotean, salvan las zanjas, se desgarran en las alambradas.

Las ametralladoras alemanas cruzan sus fuegos, y filas enteras caen como si se doblasen. Las columnas de asalto se suceden en oleadas: Los muertos quedan atrás, los heridos se arrastran por las esguebas, buscan donde cobijarse, y, hallado el seguro, levantan sus clamores pidiendo socorro:

-¡Nadie me vale! ¡Nadie me vale!

-¡Una gota de agua!

-¡Camilleros! ¡Camilleros! ¡Camilleros!

9.-----

Bajo las acacias desmochadas se tienden cuarenta carros de la Cruz Roja. Falta sitio, y las monjitas belgas, refugiadas en aquel hospital de una villa francesa, ofrecen sus celdas y sus lechos blancos, para los soldados de la República.

Los corredores rebosan de heridos. Yacen las camillas a uno y otro rumbo del muro. Los gritos, las suplicaciones, las frases caóticas devanadas sin tregua, hacen babel.

10.-----

En la sala de operaciones, blanca e iluminada, médicos y enfermeros con delantales, no se dan reposo lavando heridas, restañando la sangre, rasgando vendajes.

Sobre los tableros de mármol, las lámparas de alcohol levantan sus lenguas azules; los ayudantes desinfectan tijeras y pinzas; el olor del cloroformo, olor a manzanas, satura el aire.

Se oye el bombardeo lejano y constante. El Doctor Verdier murmura mientras desnudan a un herido:

-Me temo que seamos desbordados.

Canta en la noche una gaita de escoceses; los cohetes abren sus rosas en el aire; tres hogueras, tres grandes hogueras, rojean sobre la llanura: Tres aldeas que los alemanes, al retirarse, han puesto en llamas.

## II:

### 11.-----

Nieblas espesas en la costa del mar. Ya cantó dos veces el gallo.

Las estrellas tiemblan sobre la gran plana inundada de las Flandes.

Cerca de Furnes, en un estero, la marinería desembarcada de la escuadra forma la vanguardia. Sopla el viento del mar, y la resaca arrastra hacia la orilla los cadáveres amoratados e hidrónicos de algunos soldados alemanes.

Flotan entre aguas: Una ola los levanta en la espumosa cresta, otra ola los anega. Sus botas negras y encharcadas se entierran en la arena, sus grandes cuerpos hinchados tumban sordamente. La escuadra de marineros que acordona la playa permanece silenciosa, mirando al horizonte rizado y sin fondo.

Son pescadores de Normandia y de Bretaña, mozos crédulos, de claros ojos, almas infantiles valientes para el mar,

abiertas al milagro , y temerosas de los muertos.

La luna navega en cerco de nieblas, y los cuerpos hidrónicos de los soldados alemanes vienen y van con la resaca.

## 12.-----

Un teniente de navío, acompañado de un condestable, baja por la ribera redoblando las guardias. Saluda la marinería, y todos, como niños, sienten que se disipa en presencia del jefe aquel miedo a los difuntos que les hace rezar y cantar.

Un cabo de cañón sale de la fila y se destaca sobre el camino, la mano a la altura de la sien:  
-Con licencia, mi teniente. ¿Nos autoriza usía para ponerles velas? Y señalaba los cadáveres de los boches embarrancados en la playa.

El teniente comprende y sonrío:

-¿No será mejor enterrarlos?

-Salvo su parecer, mi teniente, mejor es ponerles velas, y que se los lleve el viento.

De un grupo de marineros salen diferentes voces:

-¡Que se los lleve el viento! ¡Que se los lleve el viento! ...

Son voces graves, temerosas y atónitas: Su murmullo tiene algo de rezo.

El oficial hace un gesto de indiferencia:

-Pues que se los lleve el viento.

### 13.-----

La marinería se arremanga y entra chapoteando por el agua llena de fosforescencias. Comienza la faena de ponerles velachos con las pértigas y lienzos de las tiendas. Valiéndose de los bicheros, les hacen brechas en la carne hidrópica, y clavan los astiles donde van las lonas. Luego, supersticiosos y diestros, los empujan hasta encontrar calado: Sesgan la vela buscando que la llene el viento, y, al tobillo o al cuello, les amarran las escotas.



Los muertos se alejan de la playa como una escuadrilla de faluchos: Se les ve alinearse bajo la luna, y partir hacia el horizonte marino empujados por la fresca brisa.

### III.

14.-----

Palidecen las estrellas del alba, y comienza el relevo de tropas en todo el frente de batalla.

Ahora, a uno y otro lado del camino, aparecen campos cubiertos de cruces. Sobre el talud de la carretera reposa larga fila de muertos. Anda un grupo de soldados identificando los cadáveres, y los rostros lívidos surgen de pronto bajo el cono de luz de las linternas.

-¡Aquí hay quien no tiene cabeza!

-¿Es un zuavo?

-Un zuavo.

-Le habrá rodado... Yo recuerdo que se la puse sobre la tripa.

Un camillero que pasea la luz de su linterna cateando por la cuneta de la carretera, da una voz hablando a los del otro cabo:

-¡Ya pareció aquello!

Y levanta la cabeza trunca manchada de tierra y de sangre.

Otro soldado clava el zapapico en el borde de una cueva que casi le cubre, y salta fuera:

-¡Está abierta la cama para otros tres boches!

Responden del camino:

-¡Allá van!

Entre la niebla y la luna danzan las siluetas confusas de dos soldados que apisonan la tierra, y el camillero que ha recogido la cabeza trunca, se limpia en la yerba las manos pegajosas de sangre. Luego, para disipar las ideas tristes, todos trincan aguardiente esparcidos sobre la orilla del camino.

15.-----

Las columnas de soldados avanzan por cientos de caminos. Ingleses y franceses bombardean sin tregua las líneas alemanas, en tierras de Flandes y Picardía. No cesan de cruzar automóviles del Estado Mayor.

Los soldados abren el corazón a la victoria, y los caballos saludan con sensuales relinchos el caliente olor de la pólvora. En medio del horror y de la muerte, una vena profunda de alegría recorre los ejércitos de Francia.

Es la conciencia de la resurrección.

Los artilleros, enterrados en sus casamatas, regulan el tiro de los cañones con un sentido matemático y devoto.

Es la religión de la guerra, y como las almas tienen hermandad, sus palabras son breves: Por la virtud de la sonrisa y la luz de los ojos

se comunican en el silencio: Cuando asomados a las troneras, contemplan el incendio de las granadas, cobran aquella expresión radiante que las santas apariciones ponían en el rostro de los místicos.

## 16.-----

Las bombas caen en lluvia sobre las trincheras alemanas, las desmoronan, las escombran, las arrasan: Es un ciclón de fuego. Y la artillería teutona, si responde rabiosa en unos parajes, en otros calla impotente.

Eran los dueños de la fuerza, y advierten oscuramente que otra fuerza superior ha nacido contraria a ellos, contraria a los destinos de Alemania.

## 17.-----

Bajo el cielo nebuloso del alba, pasa un vuelo de aviones.

Los alemanes se tienden en tierra, cercados por una cortina de fuego; los aviones los descubren, y las granadas comienzan a caer sobre ellos. Entre nubes de humo y turbonadas de tierra, vuelan los cuerpos deshechos: Brazos arrancados de los hombros, negros garabatos que son piernas, cascos puntiagudos sosteniendo las cabezas en la carrillera, redaños y mondongos que caen sobre los vivos llenándolos de sangre y de inmundicias.

Los alemanes, viéndose descubiertos, comienzan a gritar:  
-¡Ingleses! ¡Ingleses! ¡Piedad! ¡Piedad, que somos hombres!

Es un mugir de espanto como en los eclipses de sol tienen los toros en la dehesa.

18.-----

La caballería india, distribuida en fuertes escuadras, espera tras la línea de ataque;

un estremecimiento la recorre;  
espuelas y sables se entrechocan. Los caballos  
levantan las orejas y abren la nariz al viento,  
alguno se encabrita y corre por la campaña  
rebotando al jinete entre los dos borrenes.

En la media luz del alba blanquean los  
turbantes, y se mueven las siluetas llenas de  
armonía bélica como figuras de un friso.

El galope de los caballos sacude la tierra con  
un vasto rumor lleno de evocaciones antiguas.  
Los jinetes corren con los sables en alto, los  
ojos ardientes, la boca estremecida por una  
sonrisa blanca que descubre los dientes.  
Los alemanes, viéndoles llegar, levantan los  
brazos:

-¡Piedad! ¡Piedad!

Los jinetes indios pasan acuchillándolos, y  
revuelven los  
caballos con los sables siempre en alto. El  
corvo tajo fulgura  
feroz sobre los turbantes. Resuena un grito de  
asombro y de  
cólera:

-¡No dan cuartel! ¡No dan cuartel!

Los jinetes indios revuelven los caballos y  
sonríen crueles  
bajo el resplandor de los sables. Dan la última  
galopada sobre un campo de muertos, y se  
tornan a su real.

## 19.-----

El rojo resplandor de los incendios se levanta  
sobre el horizonte.

La artillería de los aliados bombardea y su  
fuego de cortina cierra el paso a las reservas  
que acuden a reforzar la primera línea. Los  
heridos alemanes se incorporan suplicantes:

-¡Franceses! ¡ Franceses! ¡ Camaradas!

Los que restan ilesos arrojan los fusiles y  
levantan los brazos:

-¡Camaradas! ¡Camaradas !

- ¡No somos prusianos! ¡ Somos bávaros!  
Y otro grupo, arrodillado en el fango, con los  
brazos en alto:

-¡Los bávaros no queríamos la guerra!  
¡Franceses! ¡Franceses! ¡ Camaradas!

Perdida la esperanza de vencer, parecen  
bueyes desalentados.

Los franceses les conceden cuartel con el gesto  
orgullosos de la victoria.

20.-----

El Cuartel General de Sir Francisco Murray  
está en un palacio de estilo neoclásico, en el  
fondo de la Picardía. Llegan de continuo las  
nuevas de la batalla.

Cuatro oficiales trabajan en la biblioteca, que  
tiene las paredes cubiertas de planos militares,  
y en una estancia inmediata termina la  
conferencia de dos generales.

El más viejo tiene grandes bigotes canos y  
ojos de claro azul infantil enfoscados bajo las  
cejas. La frente, de una gran blancura,



contrasta con las mejillas atezadas y llenas de arrugas.

El otro es alto, fuerte, encendido, con anteojos de oro y un gesto de imperio en la boca rasurada.

El viejo interroga:

-¿Hay noticias de los franceses?

-Entre ayer y hoy han hecho seis mil prisioneros.

El general joven interrumpe:

-Nosotros no habremos hecho ninguno ... No haremos prisioneros en muchos días.

Los oficiales se miraron, y uno aventuró:

-Sin embargo, ayer y hoy nosotros también hemos tenido un gran triunfo.

El General Murray hizo un gesto de asentimiento:

-Pero sin prisioneros.

Sir Guillermo Scott, el general viejo, reía con risa cascada, al mismo tiempo que se llenaba una copa de whisky:

-¡Sin prisioneros! ¿Verdad, señores, que los partes sin prisioneros son poco decorativos?

Sir Francisco Murray le miró como se mira a un niño:

- En muchos días no haremos prisioneros, porque es preciso castigar la felonía de aquellos prusianos que se acercaron gritando que se rendían, y a mansalva, seguros de que los ingleses no pueden tirar contra el enemigo que se entrega, atacaron nuestras trincheras con granadas de mano.

- El imperio Alemán ha faltado a sus pactos, ha faltado a las leyes de la guerra, ha faltado a todos los usos del Derecho de Gentes ... Pero ahora han sido los soldados quienes olvidaron y mancillaron el honor militar.

Sonaba el timbre del teléfono, y uno de los oficiales se levantó. En la biblioteca todos callaban.

Se advertía en todos los semblantes la huella del insomnio. El oficial que había acudido al teléfono apareció en la puerta:

-Se confirma nuestro avance. ¡Una gran victoria sin prisioneros!

En la luz del día que comienza, la tierra,  
mutilada por la guerra, tiene una expresión  
dolorosa, reconcentrada y terrible.

---

## Epílogo

¡Qué cólera magnífica! ¡Qué ciego impulso de vida sobre el fondo del dolor y de la muerte!  
¡Cómo la gran batalla se quiebra y disloca en acciones parciales, en marchas, en flanqueos, en sorpresas, hasta desvanecer por completo su visión estelar en el tumulto del cuerpo a cuerpo, y acabar en un grito que es como el canto victorioso del gallo!

La guerra tiene una arquitectura ideal, que sólo los ojos del iniciado pueden alcanzar, y así está llena de misterio telúrico y de luz. En ninguna creación de los hombres se revela mejor el sentido profundo del paisaje, y se religa mejor con los humanos destinos. Por la guerra es eterna el alma de los pueblos. La lujuria creadora se aviva por ella, como la antorcha en el viento que la quiere apagar.

Sólo la amenaza de morir perpetúa las formas terrenales, sólo la muerte hace al mundo divino. Si en las claras entrañas de los cristales

no se engendran hijos es por su ilusión de eternidad, y las entrañas de la mujer son fecundas porque son mortales.

La muerte es la divina causalidad del mundo.  
¡Y qué mística iniciación de esta verdad tan vieja se desvela en la guerra! Aquella ciega voluntad genesíaca que arrastra a los héroes de la tragedia antigua, ruge en las batallas.